

La era Hobsbawm en Historia Social, de José Antonio Piqueras*

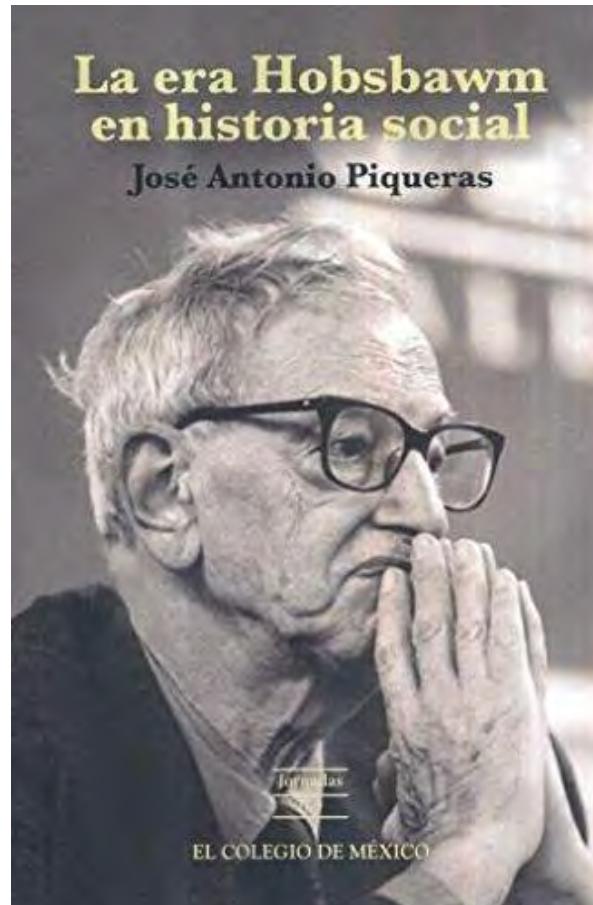
Ángel Duarte

Universitat de Girona

Revisar la obra de E. J. Hobsbawm y obrar, tal y como propone José Antonio Piqueras, conduce a la realización de un ejercicio complejo. Un trabajo intelectual que procura desbordar la mera erudición a fin de permitir, como mínimo, tres cosas. A saber:

a) Examinar los logros y las limitaciones, el orto y el ocaso —a la espera, según se intuye, de nuevas amanecidas— de la historia social. Hacerlo en relación a la Edad de Oro de la misma tal y como fue concebida por Hobsbawm y por tantos otros de los autores de su generación y de su filiación ideológica y profesional. Acercarnos, pues, a aquel tiempo que tuvo su arranque «entre confuso y genial en los años 1920 y 1930», que se prolonga en tiempos de la segunda posguerra mundial y que se ve abocado a una potente erosión en la década de 1980, sino antes.

b) Proceder a un ensayo de historia intelectual, en este caso la de la específica comunidad de los historiadores, en la que no sólo se atiende a las lógicas internas de la corporación, cohesivas y/o competitivas, sino que se procede a incrustar dichos juicios, opciones metodológicas y establecimiento de los campos de interés analítico en una sociedad históricamente determinada. La investigación y la escritura, los problemas a resolver y los procedimientos



por los cuales opta el historiador se afrontan atendiendo a aquello que los definió: no ya el progreso endógeno de la disciplina, sino a las necesidades y a las interpelaciones del público receptor, de la sociedad en su conjunto. En este punto en concreto, el hacer de Hobsbawm, en particular en sus grandes y sucesivas síntesis de los tiempos contemporáneos, da pie a una serie de requerimientos muy amplios a públicos lec-

*José Antonio Piqueras, *La era Hobsbawm en historia social*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2016, 310 pp.

tores que se ampliaron más allá de los estrictamente académicos.

c) Rendir homenaje a una de las figuras intelectuales del siglo XX más decididamente implicadas en su oficio, y a través de él en el ejercicio de estudiar el pasado para comprender el presente y proceder, en la medida que fuese posible, a abrir las puertas en las que fuese viable ir liquidando, o aminorando, las prácticas de opresión, exclusión o marginación de las que eran y siguen siendo objeto las mayorías sociales populares. Unas mayorías que habían sido, con anterioridad a ese momento dulce de la historia social, «sujetos olvidados». En diálogo con la ciencia social y partiendo de una historia económica anterior a derivas econométricas Hobsbawm procuró una forma de conocimiento del pasado que ayudaba a comprender el presente. Como algunos de otros de sus cultores, lo hizo con el ánimo de transformar ese presente hacia «un mundo donde siendo comunes los bienes y recursos cuya apropiación estaba en el origen de los antagonismos sociales, acabara la injusticia, la desigualdad, la dominación de unas naciones por otras, el dominio político».

Esta última dimensión, la del intelectual comprometido con los de abajo y los de fuera, con los sometidos y los excluidos queda esclarecida mediante un pertinente juego de imágenes. Las que facilitan las trayectorias contrapuestas de gente como Karl Popper o Joseph Schumpeter. Gentes que adoptaron posicionamientos y compromisos científicos, profesionales y cívicos distintos, por no decir opuestos, al del protagonista e hilo conductor del volumen. Los caminos divergen cuando se presentan las grandes crisis civilizatorias, las coyunturas de ruptura con el Ochocientos: «La Gran Guerra Europea, con su interminable carnicería, la Revolución Rusa y las situaciones revolucionarias centroeuropeas, al igual

que la condición desigual en América, básicamente entre población de filiación europea en la época de las grandes migraciones, la emergencia de Estados nacionales, la onda de la revolución mexicana y su impacto mundial, la construcción del socialismo en la Unión Soviética, la expansión del sindicalismo revolucionario y el asociacionismo de masas socialdemócrata, el ascenso del fascismo, el inicio de un nuevo ciclo de movimientos anticolonialistas, etc., demandaron explicaciones sobre las acciones colectivas que la historia académica omitía». Ese es, justamente, el contexto inicial de una opción militante, la de Hobsbawm, que se resiente pero no se liquida en 1956. Es también el punto de partida de una Edad de Oro para la historia social. Lo es, recordemos los otros dos nombres citados, en la misma medida que otros optaron por otros compromisos. Biografía e historiografía se solapan. Se explican mutuamente.

Piqueras procede a una labor filológica que fija la larga cadena de propósitos en un oficio y en un saber en cuyo interior —o en terrenos limítrofes— desde Pierre Lacombe y François Simiand, como mínimo, en adelante, se habían oído voces que reclamaban la científicidad de la historia, el paso de lo singular a lo regular, la asunción de una perspectiva sociológica y de los sistemas explicativos de causalidad, la atención por un conjunto de hecho omitidos, o relegados, por el historiador. Al avance de la labor de Hobsbawm, y con él al de la historia social, coadyuvó, antes de y durante la densa temporalidad antes establecida, el hecho que el movimiento obrero, el surgido con la factería (recuérdese aquí la existencia de uno de los grandes contenciosos con la obra de E. P. Thompson), hiciera de la historia un motivo de interés y, finalmente, de legitimación y dotación de sentido a sus combates. Junto a ello, el desarrollo, en el que participa justo antes de la eclosión econométrica, de la

historia económica (a la manera de Ernest Labrousse y sus discípulos) y, en general, de los estudios económicos con su análisis de ciclos y fluctuaciones, de estructuras y coyunturas, de crisis. Eran tiempos en los que la historia social y económica formaba un todo; en la que se asumía que la coyuntura económica contribuía a explicar lo social, que el conocimiento de la base económica permitía evaluar las características de los grupos sociales —¡ay, de las clases!— y que establecer los fundamentos del poder económico ayudaba decisivamente, aunque no en exclusiva, a explicar la dinámica social.

Queda claramente establecido, en el libro de Piqueras, hasta qué punto el trabajo de Hobsbawm, como el de tantos otros historiadores británicos se beneficiaría de la adscripción a una tradición nacional —relacionada con la academia o, como en los Webb o los Hammond, situada en la periferia de la misma— que hacía del trabajo empírico una seña de identidad. Una tradición en la que, y los historiadores marxistas británicos ahondaron en ese rasgo, la agenda del historiador no se supeditaba a la agenda política del día. Estos perfiles facilitarían la posibilidad de diálogo generacional —en revistas como *Past & Present*— con quienes, británicos al fin, compartían el gusto por la estrecha conexión entre teoría y empiria. Nada paradójicamente, eso mismo le suministraría, en su caso concreto, un sustento no para el cierre sino para la conversación fecunda con aquellos que, en la estela de los maestros —Lucien Febvre y, de manera muy especial, Marc Bloch— investigaban, escribían y decían en el continente, en revistas de referencia o en los congresos académicos que en la década de los cincuenta pergeñaron las agendas investigadoras.

El libro de Piqueras recoge diversas intervenciones que tuvieron lugar frente a diversos auditorios académicos mexicanos, latinoamericanos. Ello, sin duda, genera, a

pesar del meticuloso trabajo de edición llevado a cabo por el autor, algunas reiteraciones. En cualquier caso, la introducción de matices y precisiones nuevas hacen que, incluso ese rasgo, el de las redundancias sea llevadero. En esas conferencias queda en evidencia, una vez tras otra, que Hobsbawm se inscribe en un programa de historia de la sociedad que arranca en los decenios de entreguerras de la primera mitad del siglo XX, que da sus primeros pasos con Bloch y Febvre aunque tenga raíces previas y que cuenta con un papel fundamental de la concepción marxista de la historia. Pero no sólo eso. Hobsbawm va a Latinoamérica pronto, en los años cincuenta. Pronto el análisis de las violencias y las resistencias, de lo arcaico como potencial arma de entereza comunitaria, se presenta con toda su capacidad heurística en relación a las rebelidas, sus tipos, sus actores, su morfología, su operatividad y sus limitaciones. Sin evaluaciones que procedan acriticamente, por la simple aunque irrenunciable simpatía hacia los desposeídos Hobsbawm entra en un terreno y al entrar contribuye, como bien explica Piqueras, a la forja de agendas de investigación, y en su papel posterior en las mismas, en toda América Latina y, de manera muy particular, en escenarios como el colombiano o el peruano.

De las múltiples lecciones que pueden entresacarse de *La era Hobsbawm en historia social* quisiera, para concluir esta nota, destacar un par. La primera que ni Hobsbawm ni el autor del libro parece creer que el éxito del calificativo «rígido» aplicado por sistema al sintagma «marco teórico» sea una opción que haga progresar el saber historiográfico. La segunda, acaso más directamente vital pero no menos significativa, queda apuntada por Piqueras a modo de elogio *ad personam*: «Hasta el final de sus días sostuvo una voz lúcida y crítica en el panorama cada vez más gris de la razón, sin

dejarse conquistar por la actitud entre convenientemente escéptica y conformista en que ha venido a parar el medio académico. Tampoco se dejó llevar por las andanadas apocalípticas de los vencidos de tantas derrotas, afanosamente trabajadas, de las que nada desean aprender».

José Antonio Piqueras había arrancado su reflexión en tono un tanto melancólico y cervantino a propósito de una Edad de Oro, ya lejana en el tiempo, de la historia social. No se llamen a engaño. No hay hipoccondría. El autor ancla al lector, desde las primeras páginas, en una serie de convenciones metodológicas y epistemológicas que nos sitúan en el terreno de quienes comparten la conveniencia del encuentro de la labor

historiográfica con las ciencias sociales, que asumen la perspectiva de la historia-problema, que resisten en el ámbito de la búsqueda de causalidades que religan en una misma trama explicativa los procesos materiales y los acontecimientos políticos, las relaciones sociales el comportamiento de grupos y masas, de sujetos colectivos. En el elogio a Hobsbawm Piqueras halla una palanca para hacer frente al hastío de la historia de las personalidades y los acontecimientos, y, de manera muy decidida, al cansancio por esas curiosidades que nos apartan de lo relevante. La historia personal pasa a ser la historia del siglo. Y la historia de la historia: un hilo conductor a través del cual reseguir la evolución de la historiografía.